

de la naturaleza o de la vida, introduce posteriormente el espíritu humano como una desviación; y vuelve sobre sus pasos con la idea histórica como síntesis suprema donde los extremos originales han quedado reabsorbidos. Este proceso puede concebirse como simultáneo a un instante cualquiera del tiempo humano o desenrollarse a través de todas las épocas hasta nuestros días, pero el esquema de la concepción se mantiene idéntico al de las teorías filosóficas de la historia, con lo cual se hace posible reducir a todas a una común experiencia del hombre.

Revista *Universidad*, núm. 7, 1947.

LA INDIVIDUALIDAD DEL SER HUMANO

Con frecuencia se habla de individualismo a nuestro alrededor. Lo insólito del tema -con todas sus implicaciones sociales, políticas o filosóficas- induce a considerarlo un tópico banal, uno de tantos lugares comunes de nuestra época. A fuerza de oír un concepto repetidamente, bien por alabanza o como motivo de censura, en tantos que lo traen a cuento para las cosas más simples y más alejadas de su objeto, acaba pareciendo pura bazofia intelectual.

Si hay algo de difícil expresión, enigmático y, a la par, de inigualable belleza en la naturaleza del ser humano, este algo es la individualidad a que aspiran nuestras potencias, carnales y del espíritu. La nota dramática que se mezcla a ese afán, es la inevitable frustración de un logro permanente y definitivo.

Por ello, cuando se le hace valer como un atributo inseparable de la naturaleza, se exagera o se establece una verdad a medias. El ser individuo -esto es, la singularidad irremplazable de nuestra existencia en el orden

natural y del espíritu- está insinuado apenas en la arquitectura del hombre y como requiriendo un desarrollo o ejecución que a cada quien le incumbe como destino personal.

Desde el comienzo hasta el fin de la vida, una enormidad de nuestro espacio interior está ocupado por cosas comunes -a la especie zoológica, el comer, dormir, reproducirse; o al grupo social: pensar, querer o conmovernos al unísono con nuestros semejantes- mientras que, en cambio, es tan chico el sitio de la individualidad que, difícilmente deja testimonio permanente en la vida histórica.

A pesar de lo dicho, sin esa mísera ración, que está más en el afán que en el disfrute, quedaría degradado el hombre a la condición de cualquier bestia. Y no negamos que lo sea, a reserva de reconocer que es una bestia muy particular, tanto, que se afecta melancólicamente por no durar eternamente y por carecer la calidad de ser único, creador de todas las cosas. En otros términos, es una bestia herida de mal metafísico, o de lo que llaman los teólogos "pecado original".

No es la humildad una virtud querida al corazón del hombre. Y sí su contraria, la soberbia, ejercita su poder sobre todos nuestros actos, soberanamente domina la potencia suprema, el afán de individualidad que

se dice también conciencia de existir. El "yo existo" de cada quien -raíz de la individuación del ser humano- se presenta a sí mismo, en plan de soberbia metafísica, o ética, como el fundamento de la vida universal y de las exigencias éticas.

Sin ir tan lejos como la soberbia induce, ni quedarnos cortos considerándolo un regalo de la naturaleza, la individualidad del ser humano es un problema que merece mayor atención que la de estas breves y desiguales notas. Hacemos la advertencia, además, que sólo se trata de anotar algunas reflexiones marginales deslizadas por el contorno del problema. A tal propósito, y en tentativa de explorar lo desconocido formularemos las siguientes interrogantes: ¿por qué medios se expresa el ser individual del hombre? ¿Cuál es el precio o cuota de tan deseado afán?

Comenzaremos recurriendo a una respuesta sencilla y atractiva que engloba ambas interrogaciones. Nada más propio de la individualidad del hombre que la notoriedad exterior ante nuestros semejantes. La posición social muy probablemente debida a razones económicas, es con frecuencia, el medio de estimar la individualidad de cada hombre y, a la vez, el índice del precio exigido a dicho afán. En este orden ningún alarde de originalidad más propio que el de la moda, denota lo

que se alcanza y puede rendir la posición social. Sólo que son de corta duración en cada vez de los efectos de notoriedad inicial que por este medio se obtienen. Al extender y generalizar sus formas a todas las capas sociales la moda aniquila la distinción alcanzada primeramente. Puede, sin embargo, extremarse el dinamismo del fenómeno, llevando a la exageración ciertas notas significativas: se alargan, se recortan o estrechan las prendas de vestir, o se extreman los gustos; el vocabulario o la materia de los sentimientos, de las creencias y de las ideas.

De esta manera se obtiene una cierta apariencia de individualidad que satisface a los más y por cuyo disfrute, régimen a que se le llama pomposamente "individualismo", están dispuestos muchos hombres a romper lanzas, como si se tratase de la última y más refinada fase del perfeccionamiento humano en el orden social.

Convicción tan plácida tropieza, sin embargo, con la decepcionante reflexión de que ese medio expresivo de la individualidad, no tiene mayor significación para el orden estrictamente humano, que la de ciertos caracteres sexuales secundarios en el reino zoológico. Es a la raza humana lo que para otros seres, el plumaje, la melena o el rabo. En resumen, una nota distintiva de la especie misma y cuando más un hilo conductor del instinto de reproducción de sus miembros.

Se explica la recurrencia de este modo de individualismo humano, en ciertas etapas de la vida social, como un medio de reducción al estado gregario, de las tendencias humanas que amenazan con la frustración de la especie. Y justamente, se utiliza para ello el impulso egoísta, que produciendo notoriedad del individuo convoca en torno suyo las fuerzas generatrices de la vida.

Contrariamente a su apariencia, tales prácticas no denotan individualidad eximia, sino formas irregulares y desviadas de sociabilidad, como que se consigue por maña la subyugación de lo individual a las leyes de conservación del grupo zoológico. Por tanto, la individuación que procura la notoriedad social es un callejón sin salida del propio anhelo, del cual recae en formas primarias de agregación animal.

Sin perder de vista las reflexiones anteriores, indagemos de nuevo en el fondo de la cuestión planteada. El hombre -se dice ya por venerables maestros de la antigüedad- es un ser social por excelencia. Lo que nos induce a pensar que la individuación, haciendo del ser humano un coto clausurado al vagabundeo del prójimo, es un impulso incorrecto dentro del orden de la naturaleza. Salvo que el hombre no sería tal ente que es en la creación si viviese permanentemente enajenado a los requerimientos de la especie. Ni alcanza a ser del

todo individuo -ente indivisible, original y único- ni disuelve enteramente su naturaleza en el océano sin formas de la materia biológica.

Por ello, es improbable que la individualidad del ser humano resida en propiedades adscritas original y definitivamente a su pura naturaleza zoológica. En el sentido estricto del conocimiento, el mundo físico sólo produce especies; y la apariencia de un universo integrado por entes individuales es un reflejo de la condición humana. En la naturaleza concebida por la ciencia, la individuación de los seres sólo alcanza el grado de los géneros y de las especies. Y por ello, porque el saber científico se realiza en conceptos y éstos revisten un significado general y abstracto se ha dicho, por eso, que no hay ciencia de lo particular.

Los entes o cosas particulares son susceptibles de historia, mas no así de ciencia. Por lo menos esto asegura la doctrina clásica. Y para este mismo pensamiento, es una consecuencia forzosa de sus premisas, la aseveración de que la materia es el principio de individuación de los seres. A la cual sólo debe agregarse que tal principio no alcanza al grado de intimidad profunda que el sentimiento de individualidad tiene en el hombre.

Como las propiedades de la materia son comunes y abstractas, cualquier fracción que se tome como uni-

dad reproduce las características de un género. El concepto de individuos, dentro del saber científico, corresponde a unidades de una serie; y por tanto, tal individualidad, sólo encarna lo típico, una división interior a un concepto más general. Es en consecuencia, la noción de una especie.

La regla clásica de la definición exige el establecimiento del género próximo y la diferencia específica. Este procedimiento revela que todo concepto funda especies sin alcanzar la intimidad del ser dada por la verdadera individualidad.

Un pensamiento análogo produce la doctrina de que lo individual de cada hombre consiste en la realidad concreta de la idea; y en cuanto lo genérico del hombre consiste en ser dotado de razón, se concluye que sólo la sabiduría hace verdaderos individuos. El sabio o el filósofo quedan elevados a la categoría de paradigmas de humanidad.

Razón y materia, en su generalidad y abstracción se equivalen. Tanto alcanza una, en grado a lo individual de cada ser, como la otra. Si se hace valer la materia determinada como principio de individuación en el orden físico, otro tanto representa la razón cognoscitiva en el mundo espiritual. Y, sin embargo, ambos sólo producen lo típico, especies mas no individuos. Ser filósofo

fo no es una entidad menos colectiva, que la del ser hombre atento solo a características biológicas.

No hay un camino seguro para alcanzar la individualidad. Ni menos único. Así hemos señalado la calidad negativa del que procura ésta en la originalidad social -dentro de ésta cabe, en amplio sentido toda notoriedad de tipo histórico, como son la vida política, la de los negocios o la de la guerra. Y otro tanto, respecto de las notas físicas o intelectuales significativas. Pero, nadie duda, sin embargo, que todos los órdenes indicados ofrecen ejemplos de vigorosas individualidades; sólo que ahí donde han existido y actuado, debe pensarse en dinamisismos psíquicos e influjos, que no encajan en la explicación formal y mecánica de un principio único.

Podemos creer, no obstante, la impotencia del entendimiento para dar cuenta de ella, en la individualidad de lo humano, por el poderoso sentimiento que afirma en nosotros, algo indestructible y original. Por lo que llamaría Kant, un principio de la razón práctica.

En consecuencia, no hay siquiera otra explicación de la individualidad y del individualismo, que su mera existencia. Ni el más profundo sistema de individualismo metafísico, que es el de Leibnitz, contiene en definitiva otro recurso, que apelar al testimonio de la conciencia. Más que demostraciones incita a una

verificación íntima en el seno de la vida psíquica de cada sujeto. Igual acontece al individualismo ético: se ofrece en calidad de reto, como invitación a correr un riesgo de siempre nuevo y palpitante misterio.

Sólo hay medios de expresión, no razones para fundar el ser individual del hombre,. Entre todos, el más profundo y elemental, que hace raíz de todos los otros, es la pura conciencia de existir. Cuando alguien afirma y se afirma a sí mismo como existente -el "yo existo" anterior aun a la duda de Descartes- arroja a la naturaleza una piedra de provocación y de escándalo. Fuente de placeres y sufrimientos, la individualidad del ser humano, arraigada en su conciencia de existir, tropieza en la idea de una muerte con un límite inquebrantable. Esta amenaza con la disolución del individuo en un torrente fluido e informe.

A partir de ese oscuro núcleo de convicción y presentimiento, se desarrolla el afán de individuación, tanto más preciso y vigoroso, cuanto mayor hondura adquiere la conciencia de la limitación y finitud de la existencia humana.

El afán de individuación es anhelo de inmortalidad. Ello se expresa en la inquietud de engendrar obras que duren y permanezcan para siempre, prolongando en el tiempo nuestro fugaz soplo espiritual.

La individualidad se transfigura, por efecto de las obras y éstas son amor, no buenas razones en la persona, entre lo "específico" de la historia, el arte o la filosofía. El ser de la persona es una cristalización del individuo en formas universales de ideas y, acontecimientos o valores estéticos. Es la expresión de aquel afán y también el fruto maduro y caído ya del árbol cuya pudrición nutre de nuevo la insaciable tierra.

Armas y Letras. Año VI. Núm. 2. Febrero 28 de 1949.

TEORÍA DE MONTERREY

El motivo fundamental de traer a la memoria el pasado de una ciudad, no debe consistir en el sentimiento de orgullo o de vanagloria que frecuentemente impulsa a los hombres al hacer gala de su genealogía.

Más legítimo será referir el propósito, al deseo de honrar la memoria de nuestros antepasados. Pero aún esta consideración no bastaría a explicar el esencial significado de este 350 aniversario de la ciudad de Monterrey. Para mí es fenómeno de que la ciudad ha adquirido conciencia de sí misma, habiendo llegado a su madurez espiritual. Es decir, a un momento en el que el pasado adquiere un matiz especial que lo convierte en tiempo histórico.

Ocurre, en efecto, que no todo transcurre temporal histórico. La conciencia lleva un registro particular que no coincide momento a momento con el dato cronológico. Se ha menester que ciertos acontecimientos sirvan de eminencias para que los sucesos ocurridos con